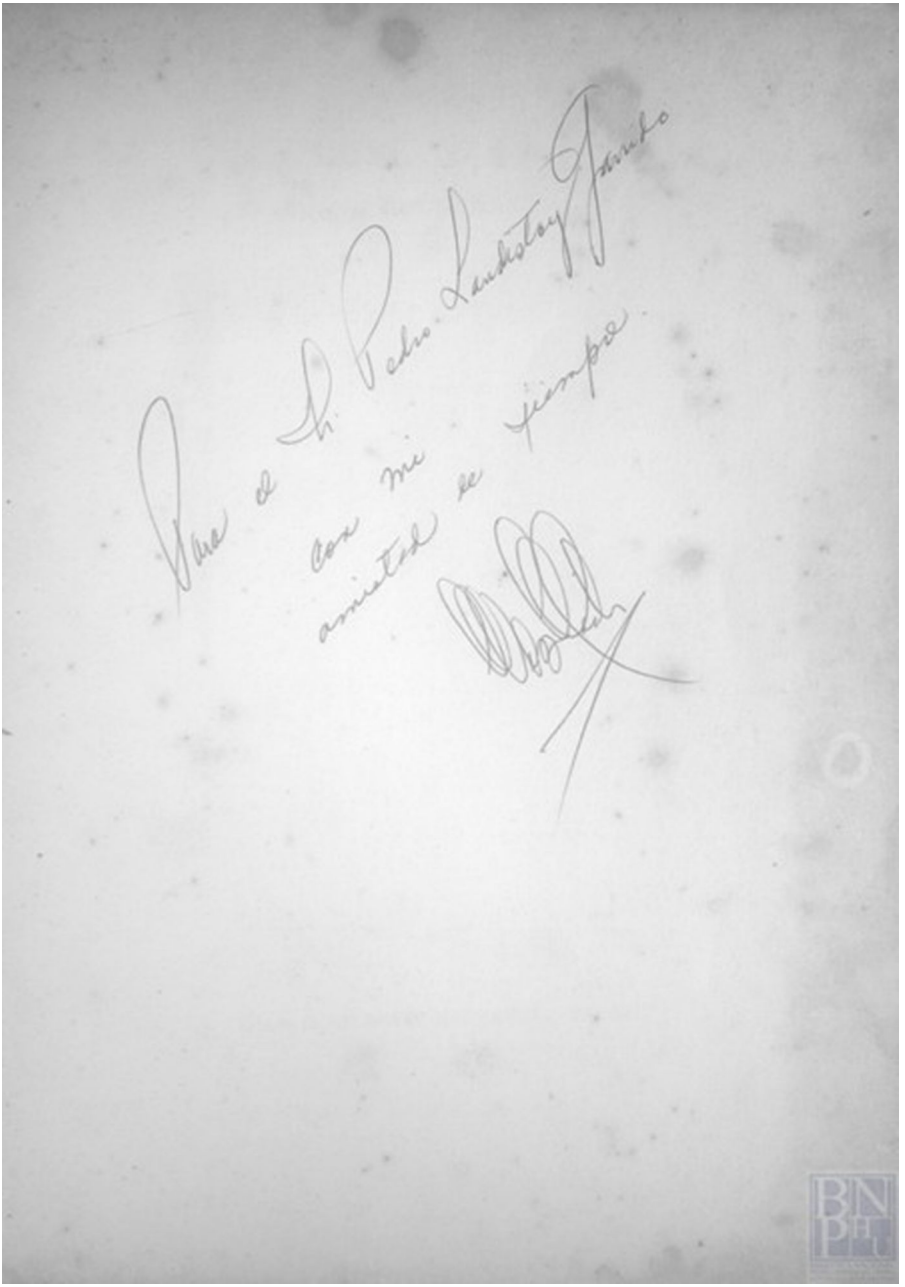
CONCURSO LITERARIO

4 Poemas Heroicos

UN ENSAYO—UN DISCURSO

Colección DALUARTE
Ediciones BRIGADAS DOMINICANAS
1962



30195

Biblioteca
Nacional
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA
EXLIBRIS
Erick Rondestoy
COLECCION

CONCURSO LITERARIO

Dibujo de GILBERTO HERNANDEZ ORTEGA

Colección "BALUARTE"

Ediciones B R I G A D A S D O M I N I C A N A S

Dirigidas por

AIDA CARTAGENA PORTALATIN

No. 10

No. 1 "El Ojo de Dios, por
HILMA CONTRERAS

No. 2 "Los Testigos", por
ANTONIO FERNANDEZ SPENCER

No. 3 "Torre del Homenaje, Celda Núm. 8", por
ALFREDO LEBRON.

No. 4 "14 Mudos de Amor, por
MANUEL DEL CABRAL

No. 5 "El Prófugo, por
MARCIO VELOZ MAGGIOLO

No. 6 "El Hombre Tras las Rejas", por
CARMEN NATALIA.

No. 7 "La Voz Desatada", por
AIDA CARTAGENA PORTALATIN.

No. 8 "Vórtice", por
J. GOUDY PRATT.

No. 9 "El Cerco", por
RAMON EMILIO REYES.

No. 10 "4 Poemas Heroicos y un ensayo"
(Premios de poesía y prosa). Un discurso.

No. 11 "Santo Domingo Vertical, por
LUPO HERNANDEZ RUEDA.

No. 12 "Hay un país en el Mundo", por
PEDRO MIR.

Colección " B A L U A R T E "
POESIA — CUENTO — NOVELA — ENSAYO — ARTE.
"BRIGADAS DOMINICANAS"
Cuadernos Mensuales de Artes y Letras.
José Joaquín Pérez 19 — Sto. Domingo, Rep. Dominicana

BIBLIOTECA NACIONAL
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
DONATIVO
Donado por: Erick Lindstedt
Fecha: Oct. 2013

CONCURSO LITERARIO

Celebrado por el Comité Ejecutivo de la Junta Pro Glorificación de los Héroes del 30 de Mayo, de las Hermanas Mirabal, Luperón, Maimón, Constanza y Estero Hondo.

Mayo 30 de 1962

BNPHU

Introducción

Desde la cumbre de estos muertos
yo te saludo Patria.—A. C. P.

BRIGADAS DOMINICANAS se complace en ofrecer en su Colección BALUARTE este número que se contrae a los trabajos premiados en el Concurso Literario auspiciado por el Comité Pro Glorificación de los Héroes de Constanza, Maimón, Estero Hondo y Luperón, de los Héroes del 30 de Mayo y de las Hermanas Mirabal.

Los autores de los 4 Poemas Heroicos son conocidos poetas nacionales: **Marcio Veloz Maggiolo**, autor de los poemas **"Salmo Heroico a las Hermanas Mirabal"** y **"Canto al 30 de Mayo"**; **Aida Cartagena Portalatín**, autora del poema **"La Ira Sagrada"** (Canto al 30 de mayo) y **Lupo Hernández Rueda**, autor del poema **"Canción a los Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo"**. El ensayo **"Significado histórico del 30 de Mayo de 1961"** es original del escritor y estudioso de la historia de esta época **Domingo Octavio Bergés Bordas. El discurso "30 de mayo de 1961: Nuestra Ultima Epopeya"**, es original del distinguido jurista licenciado Eduardo Sánchez Cabral.

El Comité Pro Glorificación entrega a la cultura y a la historia dominicanas este homenaje que es expresión del elevado aprecio que merecen de sus conciudadanos esos héroes y esas heroínas inmortales.

Se nos ocurre que el pueblo dominicano que vivió atento y que sufrió en su carne y en su espíritu el dolor que significaron las inmolaciones de esas pléyades libertadoras no necesita explicaciones mayores. ¿Quién hay que no conozca esas hazañas gloriosas o esas tragedias incruentas?

La grandeza de esos héroes y mártires es única. Ni mármoles, ni bronces ni cantos los consagran porque consagrados quedaron desde el momento de su propósito y de la ofrenda de sus vidas. Consagrados que-

daron por ser ellos los paladines que fueron sacrificados en la lucha por la libertad de nuestro pueblo esclavizado; por ser ellos los que dieron la santidad de un Templo a la montaña, a la costa, al monte y a la calle abierta donde cayeron. Consagrados quedaron por el hálito de su propia gloria: los que vinieron por Luperón en 1949, por Constanza, Maimón y Estero Hondo en 1959, las Tres Hermanas Mirabal inmoladas en Noviembre de 1960 y los que también fueron inmolados por haber ajusticiado al tirano la noche del 30 de Mayo de 1961.

A todos la Patria los lloró en silencio. Junto con todo nuestro pueblo oprimido los poetas lloraron y continúan llorando y exaltando y pregonando el sacrificio que incendió la lucha libertadora de la cruel tiranía del sátrapa Trujillo que por más de tres décadas mancilló la tierra nuestra.

Esos muertos inmortales —muchos sin tumbas conocidas— nos reclaman que estamos obligados a acabar al fin en la paz de la Justicia y de la Libertad por la que se sacrificaron ellos; esos héroes y mártires nos obligan con su ejemplo a ser dignos de abrir y cuidar el camino de los nuevos y más amplios y honestos destinos de la Patria.

Para este pueblo que renace al conjuro de tan venerables memorias cantan los poetas las hazañas y el trágico final que no mató y destruyó el plomo porque fusilada fue sólo su carne y no el espíritu patriota que triunfó de la metralla del tirano criminal y cobarde.

Después de tanta tragedia sólo cabe pedir una piedra donde lloren los padres, las madres, los esposos, las esposas, los hijos, los hermanos, los amigos y todo el pueblo el crimen que fué en Constanza, Maimón y Estero Hondo, Luperón, en La Cumbre de Puerto Plata, en sitios de abiertas calles capitolinas y en el monte de algún latifundio del sátrapa ajusticiado. Y será esa piedra un monumento de dolor que nos redimirá, y nos compulsará a ser verdaderamente libres, a ser verdaderamente hermanos.

Franqueando el camino a la acción de nuestra total liberación, sólo así, podremos levantar la atrevida columna a la amada diosa LIBERTAD. Defendamos y honremos la herencia y el ejemplo que esos héroes y mártires nos dieron. Toca a nuestra conducta ciudadana conservar intacta e inmancillable su memoria gloriosa.

Conforme lo dispuesto por el Comité Ejecutivo de la Junta Pro Glorificación de esos héroes, entregamos este número.

BRIGADAS DOMINICANAS.

Santo Domingo, R. D.
Mayo, 1962.

MARCIO VELOZ MAGGIOLO

POEMAS PREMIADOS:
"Salmo Heroico a las
Hermanas Mirabal"

y

"Canto al 30 de Mayo"

Salmo Heroico a las Hermanas Mirabal

Yo os digo que las Mirabal no han muerto,
y no me canso de decirlo.
Ellas florecen en cada flor de mayo,
y nutren el corazón del ojo que las mira,
y ensanchan el corazón del brazo que las busca,
y endulzan el corazón mismo del pueblo.
El multiforme corazón del pueblo.

Ved, sus cabelleras lacias envuelven nuestro sueño.
Las cabelleras de la libertad.

Yo os digo que ellas pasean sus formas en el viento
y entran en los poblados,
y besan a los líderes del pueblo
y crean la libertad y la predican
por santa inspiración en mentes útiles.

Vedlas. ¿Flotan o no?... Visión de oro,
las Mirabal no han muerto.
Visión de eternidad, las Mirabal perennes.
Sonido de la patria, su nombre es como un himno
que aprenden los niños,

que aprenden los pájaros,
que murmuran los ríos,
las rocas polvorientas,
el polvo mismo.

Universales nombres de las dominicanas:
Patria, Minerva, María Teresa, Juana, Josefina,
Manuela, María, Micaela, un coro de mujeres sacrosantas:
Patria, Minerva, María Teresa,
demócratas o no;
comunistas o no;
patrióticas o si;
patriotas para siempre,
tres mujeres y más que hablarán por los cauces de sus ojos vacíos;
por la leche nodriza de sus senos cortados;
por la palabra roja de sus lenguas sin lengua;
por el borde morado de sus labios sin voz;
comunistas o no,
dominicanas.

Las Mirabal dirán cada mañana un nombre sagrado de la patria.
Bendecirán un fruto y se convertirá en oro.
Hablarán de la tierra y crecerán semillas
con los senos cortados,
y las lenguas cortadas,
y la libertad viva, entera, rebosante.
Mencionarán a Dios y veremos la lluvia caer constantemente
y el arca de Noé repleta de animales;
y veremos la espada de David destrozando cabezas gigantescas;
y veremos la Italia de Espartaco surgir
para burla de Césares;
y veremos la sangre andina de Bolívar
mezclada con la sangre de Sánchez, Duarte, Mella
crecer como un enorme oceano de campanas
que repicaran gloria.

Miremos hacia ellos.
Aprendamos. Maestros y maestras de un alfabeto dulce
las Mirabal cayeron de espaldas a la tierra,
predicando, enseñando sueños de libertad,
sueños cuya presencia

abran surcos de amor entre todos los hombres,
abren surcos de luz en las carnes cortadas
por el látigo duro,
el látigo filoso: cuchillo de una hiena
que hundió sus cuatro patas en la sangre de un pueblo.
Métodos de un tirano.
La religión de aquellos que adoraron un dios con plumas y bicornio
y lanzaron a Dios hacia los basureros

Las Mirabal son prólogo, epílogo, inocencia.
Epílogo del crimen. Comienzo del epílogo.
Llamas de una hoguerada que comenzó en la sangre
y terminó flotando sobre los automóviles,
sobre las avenidas,
sobre las plazas públicas,
en las carnes borrachas de los torturadores,
en las almas tendidas de los ametrallados.

Yo os digo que las Mirabal
florecen todas las mañanas
y nutren el corazón del ojo que las mira;
y nutren el corazón del brazo que las busca;
y nutren el corazón multiforme del pueblo.
Vedlas ahí, tendidas para siempre,
floreciendo para siempre.

abril de 1962.

Canto al 30 de Mayo

El fragoroso mar, y la sospecha, y el cielo oscuro
y la canción del tiempo;
y el crimen soslayado y la grandeza,
todo en mezcla mortal, confabulada
rodando triunfadora hacia el tirano,
hiena torpe que desangró los campos de la patria.
¡Vedlo, ahí está!, medallas y diplomas;
títulos de ignorancia.
Cordones meritorios y proclamas,
bicornios, botas prenapoleónicas,
todo en mezcla de sangre borbotante
en cada surco enfermo de esta tierra.

El fragoroso mar y el cielo oscuro,
y la sospecha y la canción del tiempo
confabulados en feliz violencia
junto a un grupo de héroes, esperaban
el paso degradante del tirano.

Vedlo, allí está: medallas y diplomas,
mantos de una ignorancia reluciente
como un jarrón de cobre. Como el vino
que usaban los esclavos de los Césares,
el vino de Cleopatra y de Locusta,
el vino azul, con sangre de mil víboras:
borrachera de muerte y de veneno.

Treinta de mayo del sesenta y uno,
todo calma y fulgor, todo torpeza
del hombre-hiena, hombre-asesinato,
el hombre-robo, el hombre-estupro-muerte.
Treinta de mayo del sesenta y uno,
árbol de un calendario cuyos frutos
recogería la patria meses luego
cuando la furia de las bayonetas
no pudo con las réplicas de un pueblo.

El fragoroso mar. La carretera.
Los hombres apostados: ¡La grandeza!
El plan reverberando. El nerviosimo
de corazones fuertes que tenían
plomo hirviendo en la sangre. Corazones
grandes como la luz de un cementerio
o como la grandeza de la patria.

Treinta de mayo. La ciudad parece
muerta de no esperar y de entregarse
"a lo que quiera Dios". Todos dormimos
bajo el furor sin nombre del tirano,
bajo la férula. Bajo el duro filo
de bayonetas, cárceles, y loas
al genial "gangster" público de América,
consagrado por Truman y por Franco,
querido por Stroessner y Somoza,
por Duvalier e Idígoras. "Miradlo,
tiene el rostro maldito de la hiena
y las fauces del diablo".
Tibiamente
la ciudad duerme entre silencio y llanto.
"Que nadie espere nada. La esperanza
no pertenece al pueblo, desechadla".

Multitudes de cascos y soldados
se lanzan a las calles: ¡madrugada!
Dos, tres de la mañana. ¡Qué sucede!
¡El estado de sitio, guerra, nada!
Sonaron fríamente los disparos
entre el mar y la noche.

Los hombres apostados, el camino
temblando bajo el pecho de esa guardia
civil, tendida y expectante,
silenciosa,
dispuesta en todo a liberar la patria.
¡Sonaron los disparos!... ¡Cae el cuerpo!
¡Es mortal, es mortal!, la tierra canta
desde el treinta de mayo a Dios un rezo,
una corta plegaria
en forma natural de plomo y sangre
y gesta libertaria.

Treinta de mayo del sesenta y uno.
Madrugada.
Rumor.
El cuchicheo de la gente en las plazas.
"Mataron a Trujillo, ¿lo supiste?",
el incrédulo gesto de las caras
que sonríen burlonas: "Imposible,
Trujillo no se acaba de un día para otro".
Madrugada.

Palomas blancas junto al sol. Los techos
con su rocío breve, como un ansia.
El sol de fuego, la esperanza crece,
a medio día es torrente, catarata.
La muerte del tirano desentumece grandes nudos del alma.
El aire ha comenzado a perfumarse,
treinta y uno de mayo en la mañana,
treinta de mayo ayer, ¡qué diferencia!,
Balaguer ha llorado. El pueblo calla.

Miedo: "si resucita, si regresa
será peor que nunca. Qué desgracia".
Pero no resucita, no, pervive
su muerte sobre el tiempo,
luto y lágrimas de los que le rodean,
hienas, igual que él, desamparadas.

Hombres de bronce forjaron el nuevo
porvenir antillano.

Hombres de plomo
y alma cansada del escarnio.
Hombres color de sueño con su treinta de **mayo a la espalda**
caminan junto al pueblo azorado.
Hombres cansados de sentir el mundo **estrecho y enlutado**,
algunos ambiciosos y otros héroes
sacrifican su vida ante el silencio
de América culpable ante el tirano.
América, treinta años de amargura:
tú, cínica observando.
América, treinta años de tinieblas,
tú, cínica observando.

Vosotros, yanquis, que lo protegísteis,
vuestro luto, ¡mostradlo!
Stroessner y Somoza,
Truman, Franco,
vuestro héroe se ha opacado.
¡Mueran las tiranías, mueran. Muerte
a todos los tiranos!
Pan y justicia para nuestros pueblos
que odian a Dios y quieren adorarlo.

Treinta de mayo del sesenta y uno,
justicia y pan nos faltan, recordadlo.
La historia crece como un fuego enorme
y hombres con alma libertaria claman:
Treinta de mayo del sesenta y uno
pan y justicia faltan, recordadlo.

¡América, treinta años de amargura,
tú, cínica, observando!

28 de marzo de 1962.

LUPO HERNANDEZ RUEDA

POEMA PREMIADO:

"Canción a los Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo".

Canción a los Héroes de Constanza, Maimón, y Estero Hondo

OYE LA HISTORIA, MUCHACHO,
no la dejes de contar,
porque estos hombres murieron
es que podemos hablar.
Sin miedo, de amor ardidos,
nos quisieron libertar,
la muerte se hizo pequeña
para dejarlos pasar.

Era catorce de junio,
lámpara del despertar,
punta de lanza que abriera
la ruta del ancho mar;
que en cada pecho resuena
el tacón de su pisar.
Por el amor que los llena
no lo dejes de contar.

De pino y cobre eran ellos
y de límpido luchar,
con metrallas y fusiles
sabiéndolos manejar.

Los que sus ojos miraban
no cesaban de temblar,
y siete meses pasaban
huyendo para olvidar.

Con hambre, valor y frío,
en un encuentro sin par,
pelearon contra diez mil
y les supieron ganar.
Ay, qué valientes soldados
en el monte y en la mar,
que gestas como las suyas
no se pueden igualar.

Una montaña traían
de corazón, y en el mar,
bajo el cielo, en la playa,
en la red de aterrizar,
por el pecho —esa montaña
de dimensión insular—
fue la semilla postrera
que comenzó a germinar.

Con ellos quedó la tierra
abierta de par en par,
y la gloria se hizo grande
para dejarlos entrar,
qué enormes son, qué gigantes
símbolos del despertar,
sus vidas crecen y crecen
bajo el cielo, sobre el mar.

La Patria nació de nuevo
en la escuela, en el hogar,
ellos la hicieron posible
con su valiente luchar.
Bajo tierra por el cielo,
escuchan este cantar,
en la ciudad y en el campo
mucho se le oye nombrar.

La noche murió con ellos,
tras el amo del lugar,
el tirano que caía
sólo atinaba a matar,
la sangre le iba cayendo,
lográndolo derribar.
Ellos vencieron la muerte
en cada techo y altar.

Era catorce de junio
—no lo dejes de contar—
llegaron estos varones
queriéndonos libertar.
Ama por siempre esta gesta,
les debemos recordar.
Porque estos hombres murieron
es que podemos hablar.

¡Cómo los ama la Patria
por esa hazaña sin par!
¡Qué pequeñita es la muerte
que los tocó al arribar!
Las puertas de luz abrieron
con su propio agonizar.
Si estamos vivos ahora
gracias les debemos dar.

AIDA CARTAGENA PORTALATIN

POEMA PREMIADO:

"LA IRA SAGRADA"

(Canto a la Gesta del 30 de Mayo).

Introducción a la Ira Sagrada con Salmos de la Biblia del Viejo Testamento

El Ajusticiamiento:

21 — Entonces te agradarás de los sacrificios legales, /.....

Salmo 51 — Vs. 50

Porque...

9 — "He ahí al que no temía a Dios / por su fortaleza, / y confiaba en sus muchas riquezas, / y se hacía fuerte de su maldad".

Salmo 52 — Vs. 51

Por eso deseamos:

29 — Sea borrado del libro de la vida / y no sea escrito con los justos.....

Salmo 69 — Vs. 68

Porque despreciándolo el pueblo alegre dice:

9 — ¡Despierta, gloria mía; despierta salterio y cítara, / y despertaré a la aurora!

Salmo 57 — Vs. 56

10 — Te alabaré entre los pueblos; / ¡oh Señor! Te cantaré salmos entre las naciones...

Salmo 57 — Vs. 56

La Ira Sagrada

"Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; más cuando domina el impío, el pueblo gime". PROV. 28-CAP. 29-VS. 2.

I

DESPUES del golpe subió como una flecha la algazara
y hubo alguien que durante días y días escupió la pasada
miserable jornada de treintiún años cumplidos.
Y ahora el narrador cree de utilidad dar testimonios
de la época que acaba de ser ajusticiada.

*

DURANTE la tiranía la muerte abrazaba las casas
y tapiaba los muros con la palabra réquiem.
El modo más evidente de conocer esas tres décadas
era saber cómo EL amaba la codicia y la muerte.
La Isla, sin sonrisa y sin canto, acababa por servir de reposo
a una muerte expresamente ejecutada.
Toda la población, el teléfono, los cafés, etcétera,
hablaban de letras de cambios y delaciones.
En la ciudad no había un lugar particularmente indicado
donde el hombre no fuera una rata setenciada al vasallaje, al presidio
o al acabóse.
Pero todo no podía quedar eternamente en éso
porque en la intimidad seguían prevaleciendo la moral y la honesta
costumbre.
La derrota se hizo un deseo general.
Ese deseo no limitaba ni la edad ni el sexo,
(era como una amante avergonzada que desea recuperar la estabilidad
y el honor)

porque morían tantos y tantos que el pueblo era más y más subterráneo,
y familias hubo que sabían que podían convertirse en cadáveres.
De súbito,
EL SOLO,
se levantaba en ira
y la boca del honrado cambiaba su sonrisa de amor
en polvo seco que hacía toser sangre.
Los odiosos S I M arrastrando balas y delaciones
se precipitaban en curiosos automóviles.
Para tí, hermano del costado roto, que palpaste la injuria
bajo el estruendo del plomo que derrumbaba a un compañero,
para ti no era extraño, tampoco un secreto
que el pueblo anhelaba que se hiciera su Paz.
Pero el chasquido no era de palomas, entonces,
y en el vocabulario de los hombres la palabra vida
era como una letra continuamente cambiada de lugar,
y la tierra también continuamente removida por la muerte
enronquecía por tantos y tantos sollozos.....

La madre estaba perdida de su hijo.
La esposa estaba perdida de su esposo.
El hijo estaba perdido de sus padres.
El amigo estaba perdido de su amigo.
La Patria estaba perdida de sus héroes.

Tú, hermano de mi tierra, de mi escudo y mi bandera,
tú sabías que los tambores estaban con unísono tam-tam
exigiendo que se hiciera el sacrificio.
Tú sabías que dialogaban mis paisanos
con un dolor desesperado.
Tú sabías que la flecha del pueblo desesperadamente buscaba el cuerpo
del endemoniado.
Tú sabías que hervía el desprecio y la ira gritaba venganza.

*

La libertad galopaba perdida, y se enredaban las alas del ángel guardián
de cada casa.

Las raíces se hundían en la tierra y la savia era oro
que reventaba la bolsa del que se consideraba UNICO AMO.
El pensamiento honesto se atemorizaba de poder sobrevivir en sus
basamentas.

BNPHH

Como en tiempos inmemoriales la sonrisa suspiraba, ahora escondida,
mientras la nube, del color de la PAZ,
vagaba sobre la tierra de todos nosotros.

II

Esta tierra...

Este reyno...

Este imperio...
Esta sangre...
Este infierno!

La juventud desde la cima de sus bellos años no conocía la libertad.
Con el cetro de la muerte: el gobernante cruel...
Y lo que existía componía la trama del atroz espectáculo que ofrecía el Calígula.

Aunque los habitantes reposaban en sus lechos
el ojo del terror velaba en la almohada.
Sobre la hermosa Isla jóvenes y viejos estaban debajo de la bota.
La opresión hurtaba la quietud,
y sueltos de las manos estábamos todos frente a un pasadizo abierto
para caer en la trampa.

El regreso al honor estaba cercado.
Toda la existencia estaba medida y había que hacerse su voluntad
para no caer prestos.
De un lado sucedían cosas ocultas.
Del otro: la infamia y el vasallaje
habían cumplido treintiún años ordenando los minutos.
Treintiún años representaban los bronces y los mármoles impíos.
Treintiún años tenía la bolsa que bostezaba su carga de oro y plata.
Treintiún años había de hambre y humillaciones.
Treintiún años era la edad de la desgracia.
Mas, ¿quién escuchaba al infeliz con su miseria?
El que de ésto se mofaba no podía sobrevivir junto al sol y a sus propias estatuas.

Ya bastaba. El derecho había perdido su derecho
envuelto y cosido en lienzos donde la Justicia reposaba ultrajada,
mientras la tierra olía a cosa pútrida, a cadáver,
y en su caballo de sangre galopaba, galopaba el tirano.

Sabed pueblos del Universo
que mientras eso se arrastraba
nuestro amor guardaba nuestro amor a los héroes,
a los auténticos Padres, a los LIBERTADORES!

III

Después del golpe subió como una flecha la algazara
y hubo alguien que durante días y días escupió la pasada
miserable jornada de treintiún años cumplidos.

Así tenía que ser.
Fuego. Cien veces fuego. Así tenía que ser.
Dios es una balanza siempre en el punto justo.
Fuego. Cien veces fuego. El pueblo,
fué todo el pueblo que hizo fuego.
Los plomos eran la voluntad del pueblo.
El tenía que morir la muerte que había dado en su pueblo.
Fuego. Fuego.

Cercado, quiso desatar las garras...
Balaceado cayó como un ciervo.

(Para describir tres décadas yo tendría
que revisar cementerios
o leer los nombres que levantan
las paredes de las cárceles...)

Que no se alegre nadie que respaldó su Imperio.
Están muertos con él débiles y canallas.
Como un ciervo herido, así debía caer...
Luego forzado, doblado como una cosa vieja dentro del baúl de un carro.
¡Loado sea el acierto!
Sin respirar. Estaba más que muerto
porque sobre la muerte el odio lo mataba.
Como si nueve veces le saliera la muerte
NUEVE HOMBRES vengando lo cercaban.
Fuego. Cien veces fuego.
El baúl del carro era un animal de sangre.
Así tenía que ser, pagada con su sangre la sangre

de hombres cívicos y mujeres honestas.
Pagados con su sangre: azotes, cárceles, orfandad y miseria!
Sólo con su sangre se podía lavar la esclavitud de un pueblo.
Así, reventándolo como a un gato que se ha comido toda la despensa.
El se había tragado a los hombres del pueblo.
Después del fuego lo encerraron como una cosa vieja dentro del baúl
de un carro.

Antes las balas cantaron: ¡LIBERTAD, LIBERTAD!

Así tenía que ser.
Cien balas vengaron en el costado del tirano
la muerte de varias veces mil muertos. . .

¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

IV

El falso ídolo había sido quemado en la hoguera del desprecio.

Sobre la tierra baldía reinó una muerte justa.
¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

Dialogaban. Dialogaban mis paisanos.....
¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

Todos decían:
—Por fin.....
Gracias, amigos, por fin.....
¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

Libertemos la Justicia!
¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

Esa noche brillaron luces junto a la mar oceana.
El escudo y la bandera cantaron con emoción:

Dios. Dios.
Patria. Patria.

Hombre. Hombre.
Ha vuelto LA LIBERTAD.
¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

¡El 30 de Mayo le ha dicho al Universo
que aquí aun nacen hombres!

¡Tambor, Duarte, Sánchez y Mella, tambor!

Junio 6, 1961

Aída Cartagena Portalatín.

DOMINGO OCT. BERGES BORDAS

ENSAYO PREMIADO:

"Significado histórico del 30 de Mayo de 1961, fecha clave en el proceso por la libertad dominicana"

Significado Histórico del 30 de Mayo de 1961,

fecha clave en el proceso por la libertad dominicana

Para referirnos al significado histórico del 30 de Mayo de 1961, como fecha clave en el proceso de la libertad del pueblo dominicano, tenemos que hacer un recuento histórico sobre la personalidad de Rafael Leonidas Trujillo, su origen, su ascenso al escenario político dominicano, sus cualidades negativas como hombre que no conoció, ni practicó la moral cristiana, y que consideraba que para alcanzar los fines que se proponía no importaban los medios que se utilizaran.

El padre de Rafael Leonidas Trujillo era hijo de un español, miembro de la sanidad militar o Cruz Roja adscrita a las tropas españolas que vinieron al país durante la anexión a España en 1861, y de una señora dominicana de vida licenciosa que convivió maritalmente con dicho militar español. Su madre era hija de una negra de ascendencia haitiana que dejaron rezagada en el país las hordas de occidente en su retirada cuando se proclamó la República Dominicana en 1844. Su vida de adolescente fué accidentada; parece que no tuvo educación hogareña, pues sus hechos y los de sus hermanos fueron las correrías callejeras, los robos frecuentes y actos delictuosos de toda índole. En resumen, Rafael Leonidas Trujillo fué el producto de tres invasiones extranjeras: la española, la haitiana y la norteamericana. Las dos primeras por su nacimiento y la última por su formación militar.

En 1916 el hipócrita Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos, resolvió ocupar militarmente a la República Dominicana para asegurar el pago de los intereses de la deuda contraída por gobiernos dominicanos con los banqueros norteamericanos, cosa que no era posible obtener con las tantas rebeliones armadas que se sucedían en el país. Los Estados Unidos necesitaban que hubiera paz para que les pagaran los intereses de sus empréstitos y les compraran y consumieran sus mercan-

cias. Y para acabar con esas continuas revoluciones armadas ocuparon militarmente el país en 1916, instaurando un gobierno militar, y recogieron todas las armas que había en el país.

La infantería de marina de los Estados Unidos es un cuerpo mercenario. Se enganchan en él los vagos que pululan por todas las ciudades norteamericanas; gentes sin principios, ni moral; borrachones y pendencieros, que cometieron muchos desmanes, crueldades y atropellos en el país ocupado.

Esa fue la escuela de Rafael Leonidas Trujillo. Cuando terminó la primera guerra mundial y comenzaron a normalizarse las cosas en el mundo, pudo conocerse el atropello de que fuimos víctimas. Entonces los norteamericanos comenzaron a prepararse para abandonar el país. Comenzaron por formar una Policía Nacional Dominicana y engancharon en ella a todos los vagos y sin oficio que lo deseaban. Entre ellos estaba un señor llamado Rafael Leonidas Trujillo, de San Cristóbal, quien, según afirmaban personas que bien lo conocían, había sido un vago, pendenciero, cuatrero y ladrón. Le llamaban Chapita Trujillo, porque según afirman, se robó las alhajas de la Virgen de la iglesia de su pueblo y en el Juzgado de Paz, a preguntas del Juez, dijo que sólo había cogido unas Chapitas sin valor.

Ese señor comenzó siendo sargento en la recién organizada Policía Nacional Dominicana. Dicen que estuvo en los campos de Salcedo, donde sus jefes norteamericanos ordenaron aplicar hierros candentes a Cayo Báez, un humilde labriego, para que declarara dónde se podía encontrar dinero para ellos apropiárselo. Estuvo en el Este del país, cuando se perseguía a los llamados "gavilleros". Cuando llegaban a una casa y sus moradores no daban cuenta del paradero de los "gavilleros", porque generalmente no lo sabían, eran todos asesinados e incendiada la casa. El suboficial Rafael Leonidas Trujillo en muchas ocasiones se excedía en los desmanes y crueldades que cometían las tropas comandadas por oficiales norteamericanos.

Cuando Francisco J. Peynado pactó con los norteamericanos, desconociendo la fórmula de "Desocupación Pura y Simple" del movimiento nacionalista dominicano, los dirigentes políticos de entonces lo apoyaron y se prestaron a firmar un pacto con el gobierno de los Estados Unidos de América, reconociendo todos los actos realizados por sus tropas en el país. Hubo elecciones libres, presentándose como candidatos a la Presidencia el Lic. Fco. Peynado, autor del Plan de Desocupación, y el Gral. Horacio Vásquez. El pueblo dominicano, apasionado y sin educación cívica, es-

cogió al general, en vez de escoger al intelectual y letrado. Horacio Vásquez, ya viejo y sin capacidad de estadista, fue el muñeco juguete de los ambiciosos, aduladores e intrigantes. Permitió que se establecieran los caciques provinciales; hizo empréstitos, prolongando la Convención Dominico-Americana, y lo que fue peor oyó las instriga sde Rafael Leonidas Trujillo hasta designarlo Jefe del Ejército, después que éste preparó la muerte del Mayor César Lora, quien era el señalado para el cargo si se seguía o aceptaba el derecho del escalafón. Hay que hacerle honor al gobierno de Horacio Vásquez en una cosa: respetó la libertad de expresión. Podía decirse lo que se quería, aunque el gobierno no hacía caso a las críticas que se hacían. Hubo algunos atropellos y desmanes, pero éstos fueron hechos por el Ejército, comandado por Rafael Leonidas Trujillo, que luego Horacio Vásquez dejaba sin castigo por no disgustarlo.

Horacio Vásquez terminó los cuatro años de su ejercicio que le señalaba la Constitución. Pero los intelectuales corrompidos que lo rodeaban, con razonamientos sofísticos de leguleyos lo convencieron de que debía prolongar su período por dos años más.

Cuando se acercaba la fecha de cumplir su prolongación, dijo en una reunión para escoger un candidato de su Partido Nacional para las próximas elecciones, que él sería el candidato para la reelección. Dos de sus partidarios, los Licenciados Jacinto R. de Castro y Rafael Estrella Ureña, inconformes con la decisión de su Jefe, resolvieron formar sus propios partidos para presentar sus candidaturas. Días después Horacio Vásquez tuvo que salir para los Estados Unidos para que le sacaran un riñón.

Mientras Horacio Vásquez estaba en Baltimore en un Hospital, Rafael Leonidas Trujillo preparó y organizó un golpe militar para hacerse dueño del poder. Pactó con Rafael Estrella Ureña, quien gozaba de mucho ascendiente con la juventud del Cibao, ofreciendo designarlo Presidente Provisional y Vice-Presidente en el gobierno definitivo de los próximos cuatro años y hacerlo elegir Presidente cuando él, Trujillo, terminara su período. Así traicionó Estrella Ureña la confianza puesta en él por la juventud del país, principalmente la del Cibao. Pero luego fué a su vez traicionado por Trujillo.

Después de realizado el golpe militar que derrocó a Horacio Vásquez, y que historiadores desaprensivos e interesados han llamado "Movimiento Cívico", se formó una Confederación de Partidos para postular a Rafael L. Trujillo para la Presidencia de la República, enfrentándose con la Alianza Nacional Progresista que postulaba al señor Federico Velázquez.

El Partido Nacionalista sólo estaba representado en la Confederación de Partidos por la facción que seguía al Dr. Teófilo Hernández, de La Romana. Para obtener que se adhiriera la facción del Norte que seguía al Pbro. Rafael C. Castellanos, de Puerto Plata, fueron comisionados por el Dr. Hernández para ir a esa ciudad para tratar de convencer al Pbro. Castellanos y amigos, los señores Rafael C. Tolentino, don Pedro M. Archambault, el Dr. Federico A. García Godoy y el Lic. Domingo Bergés Bordas. Allí tuvieron una entrevista conjunta con los señores Pbro. Castellanos, don Pedro Spignolio y el Dr. Federico Ellis Cambiaso. Después de hablar los comisionados de Santiago habló el Pbro. Castellanos y dijo: "Yo no contribuiré al encumbramiento de un militar que cometió muchos desmanes contra el pueblo indefenso formando parte de las tropas norteamericanas; que traicionó al Presidente Vásquez que lo protegió llevándolo a la Jefatura del Ejército y que si es elegido Presidente de la República será un tirano". Fueron palabras proféticas que quienes las oyeron no podrán olvidar. Aseguran familiares del Padre Castellanos que Trujillo contribuyó a la muerte del padre cuando, siendo éste Administrador Apostólico se enfermó y Trujillo, mostrando interés por su salud, envió a un médico de su confianza para que lo atendiera. Dicen que murió o por medio de una supuesta medicina o por medio de una inyección administrada por ese médico, cuya autenticidad no hemos podido conocer.

También aseguran que del mismo modo murió Rafael Estrella Ureña, cuando habiendo regresado de Cuba, hacia donde se fué después de haber sido separado del gobierno, se enfermó, y Trujillo lo hizo trasladar de Santiago a un Hospital de la Capital, donde murió, dicen, a manos de un médico que Trujillo envió para atenderlo.

Para dar una idea de lo cruel y rencoroso que era Rafael L. Trujillo, diremos que otras dos personas trataron de influir a Horacio Vásquez para que no lo nombrara Jefe del Ejército, diciéndole que al fin y al cabo lo traicionaría. Horacio Vásquez mismo comunicó a Trujillo que Arturo Sanabia y Virgilio Martínez Reina habían tratado de evitar que él lo designara Jefe del Ejército. Trujillo mandó una noche a asesinar a Sanabia, estando éste en la galería de su casa, en el barrio de Gurabito, en Santiago. El asesino le disparó e hirió en una pierna y se fugó creyéndolo muerto. Virgilio Martínez Reina y su esposa, quien estaba en gestación avanzada, fueron asesinados en San José de las Matas por orden de José Estrella, dando cumplimiento a la orden que recibió en tal sentido de Rafael L. Trujillo.

Junto con la Confederación de Partidos, formada por varios grupos minoritarios a cuyos líderes les ofreció Rafael L. Trujillo un porcentaje

de los cargos públicos, inició labores preeleccionarias la Alianza Nacional Progresista, o sea la unión del Partido Nacional u Horacista y el Partido Progresista o Velasquista, la cual postulaba para la Presidencia al señor Federico Velásquez. Estos dos partidos formaban las mayorías del país y si hubiera habido elecciones libres su triunfo hubiera sido seguro. Pero Rafael Rafael L. Trujillo se había propuesto obtener el poder y no podía permitir por lo tanto el triunfo de sus contrarios.

Después de haber hecho un recorrido por la Línea Noroeste un grupo de dirigentes de la Alianza, del cual formaban parte el Dr. Alfonseca y el Lic. Angel Morales, al regreso fueron tiroteados cerca de Licey, entre Santiago y Moca, siendo los carros acribillados a balazos, saliendo ilesos por milagro los ocupantes. La sede del Partido fue saqueada en la Capital, así como también fue saqueada la residencia de Federico Velásquez. Como no había garantías para los adeptos de la Alianza sus dirigentes tuvieron que ausentarse del país, muriendo años más tarde en el exilio. Así quedó sólo el partido que postulaba a Rafael L. Trujillo, quien naturalmente triunfó y fue electo Presidente de la República.

Trujillo pudo haber sido un buen gobernante si hubiera tenido cualidades morales para ello, porque tenía un gran dinamismo, una mente inquieta que siempre estaba pensando hacer algo, una gran resistencia física. Pero tenía muchas lacras morales. Era ambicioso en grado superlativo; rencoroso como no había quien lo igualara; cruel y sanguinario; para él la vida humana no valía nada; los sufrimientos de los otros no lo conmovían. Quien le hacía algo que no le gustaba era perseguido y castigado sin piedad, él y todos sus familiares. A los que le servían incondicionalmente, y hacían lo que les ordenaba, no importa que fuera matar a su propio hijo, o realizar el acto más odioso y execrable, lo colmaba de dinero y de honores, pero siempre dándole a entender que no era más que un sirviente bien pagado, a quien podía despachar a patadas cuando no hacía las cosas como él quería. Realizó muchas obras de fomento, pero en ellas su interés principal estaba en el buen negocio que hacía, en el porcentaje que iba a percibir. Las obras realizadas en el país durante la Era de Trujillo costaron tres veces más de lo que hubieran costado si hubieran sido hechas con honradez.

Suprimió los periódicos independientes del siguiente modo. Adquirió una imprenta en Estados Unidos y trajo a un periodista norteamericano que hablaba español, de nombre Stanley Ross, para instalar el equipo y editar el diario "La Nación". Lo sacaban a la misma hora que el Listín Diario. Exigieron a todos los empleados públicos y a sus familiares suscri-

birse a "La Nación". El valor de la suscripción la descontaban del sueldo del Estado que percibían, antes de pagarles. Naturalmente esos empleados suprimieron la suscripción del Listín Diario. Este no pudo sostenerse con el resto de suscripciones que le quedaron. Los anunciantes recibían veladas amenazas para que los insertaran en "La Nación". Así desapareció el "Listín Diario". En compensación le fue ofrecida una Diputación al Presidente de la empresa.

La viuda de don René Lepervanche heredó la mayoría de las acciones de "La Opinión". Esas acciones les fueron compradas por Trujillo con la amenaza de que le harían igual que al Listín Diario. Los demás accionistas recibieron una carta circular firmada por Abelardo R. Nanita, Secretario particular de Trujillo, diciéndoles que si no querían perder el valor de sus acciones las endosaran a favor del Lic. Juan Arce Medina, quien se las pagaría a $75 cada una. De no hacerlo para tal fecha perderían su dinero, porque "La Opinión" sería desmantelada. Todos optaron por vender sus acciones. Quedó "La Información", de Santiago. Trujillo adquirió las acciones de Rafael C. Tolentino y al hijo del Director le dieron una Diputación, con la advertencia de que sólo debía publicar lo que fuera favorable a Trujillo, porque si no, lo harían desaparecer. Luego el mismo Stanley Ross instaló "El Caribe" por orden de Trujillo. En este último periódico se creó una sección llamada "Foro Público", para dar la impresión de que todos tenían derecho a opinar sobre cuestiones de interés público, pero en realidad fue un medio soez para denigrar a las personas y a las familias que no eran del agrado del tirano o de alguno de sus familiares.

Trujillo, al hacerse dueño del poder público por medio de un golpe militar, traicionando al General Horacio Vásquez que lo había protegido y llevado a la jefatura del Ejército, desconociendo los méritos de tantos generales que lo habían acompañado en sus continuas campañas revolucionarias, implantó un régimen unipersonal y absolutista. Para llegar a esos fines tenía que formar el Partido Unico oficialista. Primero hizo que Rafael Vidal publicara que "era indecoroso la repartición de porcentajes en los cargos públicos entre distintos partidos coaligados", para negarse a cumplir el compromiso que había hecho con los distintos partidos que lo postularon. Si tal cosa es indecorosa también lo es llegar al poder pactando con varios partidos haciéndoles la promesa de repartirles porcentajes de los cargos públicos.

El señor Mario Fermín Cabral le sirvió para organizar el Partido Dominicano, llamado así porque iba a ser el único que existiría en el país por más de treinta años. Se exigió a todos los ciudadanos inscribirse en él. Se reformó la Constitución para reconocerlo en dicho documento como

"vehículo de cultura y enseñanza cívica". A nadie se le permitía salir al exterior si no estaba inscrito en él. Aún los nacionales que vivían en el exterior tenían que inscribirse en él por intermedio de los Consulados, si deseaban venir al país o si tenían en él familiares, para que no sufrieran represalias de las autoridades gubernamentales.

Dueño ya del poder, civil y militar, con un Partido Unico oficialista, se dedicó al fomento de su imperio económico, cuya labor ya había comenzado desde que era Jefe del Ejército, robando fincas, ganado, y comerciando con el suministro de comida y ropa para los presos de las cárceles y para los alistados de las fuerzas armadas, así como con el suministro de armas para dichas fuerzas.

Los ingenios azucareros instalados en el país fueron todos adquiridos por él con fondos del Estado, a excepción del Central Romana, engrosando sus beneficios los fondos particulares del tirano.

Estableció la Central Lechera, prohibiendo la venta de leche que no fuera la que distribuía esta empresa, la cual sólo recibía la que producían las fincas de la familia Trujillo.

Los bosques maderables fueron totalmente esquilmados para su único beneficio, habiendo instalado la Secadora de Maderas, prohibiendo la venta de toda madera que no pasara por dicha secadora, donde sólo era recibida la que él enviaba, sacada discriminadamente de los bosques del Estado y de las cuantiosísimas fincas robadas a los demás terratenientes. Quienes se negaban a venderles las tierras por la suma que él estipulaba, para la siembra de caña o explotación de los bosques, desaparecía del mundo de los vivos. Tal cosa ocurrió con Panchito Madera, en Esperanza, y con Ney Pimentel, en Cotui,, así como a otros que fueron desaparecidos o tuvieron que huir hacia el extranjero. Uno de estos últimos fue Juancito Rodríguez, de Barranca, La Vega, de cuyas cuantiosas fincas y ganadería se apropió el tirano, teniendo que salir hacia el exilio, donde por fin murió. También desapareció en "un accidente" un refugiado polaco de apellido Smolenski, quien había fomentado una finca ganadera, de la cual después de muerto se apropió Trujillo.

En una ocasión doña Julia, madre de Trujillo, dijo en una reunión que cada uno de sus hijos tenía un buen negocio y refiriéndose a Pipí, dijo: "A Pipí le ha tocado el negocio de los cueros". Todos pensaron al oírla que ella se quiso referir al negocio de cueros de reses sacrificadas para el consumo, porque posiblemente, si ella hubiera sabido que se trataba de las mujeres de vida alegre, que para poder ejercer su oficio tenían que darle una suma diaria a Pipí Trujillo, no lo hubiera dicho con tanta franqueza e ingenuidad.

En la República Dominicana había la enfermedad endémica de las revoluciones o rebeliones armadas antes de 1916, porque era más cómodo para los caudillos tirar tiros que trabajar. Esos caudillos y jefes de pandillas nunca lucharon por ningún ideal, sino en hacer prevalecer su valentía e imponerse al pueblo para sacar provecho personal del poder público. Pero aún en esas épocas de revoluciones armadas la vida humana era respetada. Los hombres morían en el enardecimiento de los combates. Pero los prisioneros eran respetados y los heridos eran sagrados. Se atendían y trataban como seres humanos. La propiedad privada de los que eran ajenos a las luchas de los bandos era respetada, garantizada y protegida. La misma propiedad de los que tomaban parte en las luchas era intocable para el bando contrario. Los familiares, amigos y relacionados de los que se consideraban contrarios o enemigos del gobierno de turno, no eran molestados en lo más mínimo si no tomaban parte directamente en la lucha.

Cuán diferente fue todo durante la Era de Trujillo. El enseñó a los hombres que lo apoyaron y acompañaron en el largo vía-crucis que padeció el pueblo dominicano, que la vida humana no valía nada si era la de los que no lo apoyaban y aplaudían. Los asesinos se multiplicaron como gusaneras. El robo del dinero que se sacaba al pueblo por medio de impuestos extorsionadores, era una granjería otorgada a sus adictos. Quienes lo apoyaban, aplaudían y endiosaban eran autorizados a asesinar a los que ellos querían despojar de sus bienes; eran autorizados a robarse los fondos del Estado y de los particulares. Por eso todos los malvados, ladrones y asesinos lo rodearon y lo defendían, porque él era el Jefe Unico insustituíble de todos los bandoleros. Si alguien no demostraba mucho entusiasmo en aplaudirlo y ensalzarlo era objeto de su rencor africano. Quien así demostraba su desafecto a su persona omnipotente era perseguido y denostado hasta hacerle la vida imposible. No podía trabajar, ni comer, ni dormir, porque quienes le daban trabajo o le vendían comida, o le alquilaban casas, o conversaban con él, o le demostraban conocimiento o amistad, eran perseguidos, molestados en sus personas e intereses, reducidos a prisión, tanto ellos como todos sus familiares. Había que estar con él o contra él. Si estaban con él, aplaudiendo todo lo que hacía y ordenaba, eran enriquecidos y tenían derecho a todos los desmanes y latrocinios. Pero si estaban contra él, aunque fuera pasivamente, tanto ellos como sus familiares, amigos y relacionados, eran perseguidos y acosados como fieras salvajes, reducidos a la miseria, encarcelados y torturados salvajemente, o muertos "en accidentes" preparados, si no tenían la suerte de salir del país. Para muchos, los que lo apoyaron y lo endiosaron, esos trein-

ta y un años los vivieron en un paraíso de prodigalidad y desenfreno, en medio de un enorme océano de sangre y lágrimas. Para el resto fue un infierno peor que el descrito por Dante Alighieri.

Las mujeres y los niños fueron siempre respetados en la República Dominicana. Las mujeres podían viajar solas por todos los caminos y calles del país, hasta en altas horas de la noche, sin ser molestadas. Las esposas e hijos de los caudillos y participantes de las continuas rebeliones armadas vivían ajenas a las luchas intestinas y jamás fueron molestadas; eran respetadas y consideradas por todos los bandos en pugna. Pero en la Era de Trujillo no se respetó ni a las mujeres, ni a los niños; todos iban a parar a las cárceles si algún miembro de su familia, ya fuera esposo y padre, hijo o hermano, cuñado, primo o compadre, había caído en la desgracia del Amo y Jefe Unico. Nadie podía darles trabajo o ayuda; ni venderles, ni comprarles, ni saludarlos siquiera. Será una Era inmortal, porque jamás nadie que haya sufrido o conocido sus horrores podrá olvidarlo jamás, y cada generación lo referirá con todos sus detalles espeluznantes a la generación siguiente. Esa estela de terror y desprecio de la vida humana vivirá eternamente en la mente de las generaciones presentes y futuras.

Cuando Rafael L. Trujillo, el monstruo apocalíptico de toda una generación, fue ajusticiado el 30 de Mayo de 1961, estaba en un estado alarmante de desequilibrio mental. Fue el mismo desequilibrio mental que tenía Hitler cuando murió. Lo que más agravó su locura senil fue el asesinato de las Hermanas Mirabal, de Conuco, Salcedo, Heroínas de la libertad dominicana. Desde entonces no tuvo Trujillo sosiego, ni paradero fijo. Iba constantemente de un sitio para otro. Hasta tuvo el cinismo de ir a visitar a los familiares de las damas inmoladas, para hacer creer que él era inocente de su muerte, llegando hasta el colmo del cinismo y la locura senil, de hacer colocar una lápida para conmemorar esa visita.

Lo verdaderamente sorprendente e inconcebible es que muchísimos hombres y mujeres, de gran cultura y gran ilustración, estuvieron sirviendo incondicionalmente a un hombre de esas condiciones morales. Que supeditaron los sentimientos de dignidad, de honradez y de decencia, a sus conveniencias personales, a la riqueza material, y a la comodidad y holgura, defendiendo y alabando a un régimen donde sólo se hacía la voluntad de un hombre con síntomas evidentes de desequilibrio mental, por haber llegado a la exageración más extremada su insaciable ambición de honores y de dinero, llegándose a considerar con el poder de Dios sobre la tierra, y dueño absoluto sobre las vidas y propiedades de todos cuantos tenían la desgracia de vivir en la República Dominicana. Y hacía creer

que esa era una democracia representativa auténtica, con un privilegiado mentor y reformador social y político, porque existían los tres poderes del Estado: Ejecutivo, Legislativo y Judicial, cosa que solamente la masa ignorante podía creer, y los que viviendo fuera del país leían los periódicos aquí editados y oían nuestras emisoras de radio, que sólo decían lo que al Amo le convenía que dijeran, además de las constantes alabanzas a quien se hacía llamar Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva.

La posteridad deberá repudiar a todos los que se prestaron a formar parte de ese gobierno, colmando de alabanzas al tirano, de unas Cámaras Legislativas, que sólo hacían la voluntad del tirano, y de unas Cortes de Justicia, que sólo hacía lo que el Amo y Señor les órdenaba que hicieran para representar la comedia de un régimen democrático representativo.

Cuando verdaderamente demostró Trujillo que sus pasiones desbordadas y llevadas a un grado sumo de exaltación incontrolada le habían producido un desequilibrio de sus facultades mentales, fue cuando se empeñó, con una insensatez y terquedad rayana en la locura senil, en sojuzgar la voluntad del clero católico y sus obispos, para que le otorgaran el título de Benefactor de la Iglesia.

Cuando los excesos y los abusos de Trujillo y de sus sostenedores y partidarios era ya inaguantable, el pueblo comenzó a murmurar, porque a pesar de que las represiones eran crueles y desalmadas, y el pueblo estaba lleno de miedo y de pánico, siempre la juventud es irreflexiva y trata de manifestar en alguna forma la inconformidad que reina en el ambiente, aunque sólo sea en la intimidad y en el interior de los hogares. En Junio de 1959 se produjo la más importante invasión de abnegados patriotas del exilio para tratar de derrocar al gobierno tiránico que sufría el pueblo dominicano. Llegaron por Constanza, Estero Hondo y Maimón, procedentes de Cuba, en aviones y lanchas, con la ayuda de Fidel Castro y su promesa de proveerles de armas, parque y comida, mientras el pueblo despertaba de su letargo y se unía a los invasores. Después del primer desembarco Fidel Castro no cumplió su promesa, dejando a los invasores desamparados y siendo presa fácil de los torpedeamientos de la fuerza aérea de Trujillo, ya que el pueblo no pudo ponerse en contacto con ellos para ayudarlos. Todos fueron apresados, al faltarles comida y parque, siendo luego asesinados por órdenes de Trujillo. La Iglesia católica, con dirigentes inteligentes y astutos por tan largos años de selección y ejercicio, comprendió que era llegado el momento de ir tomando posiciones en el lado de los disgustados, inconformes y al fin opositores. Y enviaron de Nuncio Apostólico a Monseñor Lino Zanini, quien aprovechó que habiéndose hecho prisionero a un grupo de jóvenes en Enero de 1960, se les torturó bárbaramente en las

casas de torturas llamadas "La 40", "El Nueve" y "La Victoria", escribió e hizo leer en las Iglesias, con motivo de la festividad de "La Altagracia", el 21 de Enero de 1960, una Carta Pastoral, firmada por el Arzobispo Metropolitano y los cuatro Obispos, muy bien e inteligentemente escrita, demandando métodos humanos, Amor y Caridad, pero que era en verdad una crítica mordaz al régimen. Desde ese momento comenzó el rompimiento entre Trujillo y la Iglesia.

Lo que se hizo en La Vega y en San Juan de la Maguana contra los Obispos Panal y Reilly, es inenarrable. Les cortaron en varias ocasiones los cables que le suministraban corriente eléctrica a sus iglesias. Hicieron presos a sus ayudantes: campaneros, sacristanes y monaguillos. Rodeaban las iglesias con un populacho vociferante portando cartelones con leyendas insultantes y demandando su expulsión. En San Juan de la Maguana pillaron e incendiaron la casa del Obispo Reilly, teniendo éste que salir huyendo para la Capital y refugiarse en el Colegio de Monjas norteamericanas "Santo Domingo". En La Vega pillaron e incendiaron la casa de Monseñor Henríquez, segundo de Panal, y cuando se dirigían para pillar e incendiar la casa de Monseñor Panal ya los esperaba allí un numeroso grupo de hombres y mujeres que se lo impidieron. Estos defensores de la Iglesia fueron sometidos al Tribunal de Primera Instancia de La Vega, por haber lanzado piedras en la calle, y condenados a un mes de prisión y cien pesos de multa Los incendiarios y pillos fueron sometidos al Juzgado de Paz y descargados por insuficiencia de pruebas.

Después de estos actos vandálicos, como no lograban hacer salir del país a Monseñor Panal, enviaron un día un grupo de prostitutas para que fueran a la Catedral mientras Monseñor administraba la comunión a los fieles, vociferando y escandalizando con palabras obscenas, las cuales fueron expulsadas por los fieles enfurecidos. En otra oportunidad enviaron a un grupo de hombres mientras se celebraba la misa y apedrearon las puertas y ventanas de la Catedral, rompiendo los cristales. Se prohibio a los empleados públicos asistir a los actos de la Catedral, con la amenaza de la cancelación si lo hacían. Y en muchas ocasiones regaron delante de las puertas de la Catedral tachuelas para que se cortaran los pies las mujeres que iban descalzas en promesa para que Dios intercediera en la excarcelación de los jóvenes prisioneros, que estaban siendo salvajemente torturados.

En varias ocasiones se le pidió a Trujillo que intercediera para que cesaran esos ataques contra la Iglesia y sus Obispos, y contestaba: "Yo no tengo que ver nada con eso y como ciudadano respetuoso de la libre emisión del pensamiento y de la actuación libre del pueblo, no puedo interve-

nir". Cuánto cinismo y cuánta falta de responsabilidad, pues todos sabían que nadie podía mover un dedo, ni abrir la boca para decir algo, que no fuera por orden o con la aquiescencia de Trujillo.

En una oportunidad le oí decir a un abogado de Santiago, a quien le preguntaron por qué le servía a Trujillo, lo siguiente: "Porque me he dado cuenta de que en muchos años no se moverá ni una hoja de un árbol sin la voluntad de Trujillo, y yo quiero seguir disfrutando de lo que es de todos los dominicanos". Así pensaron todos los intelectuales y políticos que consideraban que el fin primordial de sus vidas era disfrutar de un buen empleo; que eso de libertad, democracia y derechos humanos son cosas teóricas y sin importancia, propias de los tontos que no saben vivir. Por eso la mayoría le sirvió al tirano y alabó todo lo bueno y todo lo malo que hizo, y lo endiosó tanto que él se creyó un semidiós, llegando a perturbarse su cerebro hasta provocar su muerte por una reacción de desesperación y autodefensa de algunos que habiéndole servido y disfrutado de su ayuda y protección fueron luego vejados y desconsiderados cuando creyó que no los necesitaba.

Trujillo no tuvo amigos. Sólo tuvo sirvientes y lacayos. Desconfiaba de todo el mundo. Sabía que le servían por interés y para no ser de los réprobos y apestados que él perseguía con saña y crueldad. A los que lo apoyaban y le servían los colmaba de honores y de dinero, permitiéndoles enriquecerse en la forma que estimasen conveniente, aunque fuera apropiándose de lo ajeno, con tal que no cogieran lo que a él le correspondía. Pero si en alguna oportunidad salía mal alguna cuestión cuya solución él les encomendaba, los insultaba, los desconsideraba y hasta les pegaba, pues le agradaba marcarles la cara con sus cinco dedos. Dicen que por no permitir que le hicieran tal cosa fue muerto Ramón Marrero Aristi, Ministro de Trabajo, por el guardaespalda de Trujillo John Abbes García. Igual le ocurrió al Administrador del Banco Central don Juan Morales.

Muchos extranjeros, asombrados y estupefactos, al conocer los pormenores de la personalidad contradictoria de Trujillo y su desprecio a la vida humana de los que se negaban a servirle y alabarlo, y los hechos monstruosos que realizaba y ordenaba realizar, se preguntaban de continuo: "¿Pero es que el pueblo dominicano no es un pueblo viril". "¿Por qué este conformismo por un estado de cosas que otros pueblos no soportarían?" "¿Si lo que se dice de él es cierto, por qué esas muchedumbres en las manifestaciones que organiza su partido, que lo vitorean sin cesar?" Fue porque organizó, con la ayuda de los hombres que se le vendieron, un sistema de terror inhumano, que tenía al pueblo completamente aterrorizado. Por medio de la regimentación, los métodos militares y los continuos

asesinatos Trujillo mantuvo al pueblo como cuerpos sin alma, sin voluntad propia, llenos de miedo a las represalias de quien no admitía que se dejaran de cumplir sus deseos y su voluntad. Quienes se dejaban manejar, llevar y traer, alababan sus actuaciones, concurrían a las concentraciones de su partido y firmaban todo lo que les daban a firmar, prodigando honores o traspasando propiedades, o acusando a otras personas, podían seguir viviendo en una tranquilidad relativa, con la tranquilidad que se podía esperar de quienes tenían que desconfiar de todas las personas que lo rodeaban, pues casi todos los sirvientes y personas con quienes se tenía que tratar eran sospechosos de ser espías del régimen. Pero quienes en alguna forma se mostraban indiferentes, o dejaban de asistir a un acto del partido, o decían algo contrario al régimen que fuera oído por un espía (o "Calié", como el pueblo les llamaba), o se negaban a firmar cualquier papel o documento que les dieran a firmar, dijera lo que dijese, se hacían reos de antitrujillismo, que era el crimen más atroz que podía cometerse. Si no eran encarcelados o torturados, se presionaba a su patrón para que lo despidiera del trabajo y no lo volvían a conseguir en ninguna otra parte; la gente se apartaba de esos réprobos como si fueran personas apestadas. Nadie se atrevía a prestarle ninguna ayuda por miedo a ser considerados antitrujillistas. Llegó a tal extremo la máquina de terror puesta en funcionamiento por Trujillo que absolutamente nadie se atrevía a demostrar indiferencia al régimen y menos a criticarlo, ni aún en la intimidad, porque no sólo caía la represión sobre él, sino también sobre su esposa o esposo, sobre sus hijos, padres, hermanos, primos, socios y cualquier otra persona allegada. Por eso, por no perjudicar a sus familiares, nadie movía un dedo, ni abría la boca, para hacer ni decir nada contra el régimen; ni dejaba de firmar los papeles que le presentaban, ni dejaba de asistir a los actos del Partido Dominicano; ni dejaba de aplaudir en esos actos lo que decían sus oradores; ni se atrevía a mirar sin sonreír a cualquiera persona con uniforme.

¿Cuál era la fuerza material que mantenía al pueblo en ese terror? Las fuerzas armadas y el servicio de Inteligencia Militar o SIM. Este último era el servicio de espionaje más grande y más costoso del mundo, porque eran utilizados en él más de cien mil personas, en el país y en el extranjero, entre ellos, sirvientas, limpiabotas, choferes, trabajadores de comercio, industrias y empresas agrícolas, empleados privados y públicos, sacerdotes, diplomáticos, profesionales, obreros, etc. La Policía Nacional funcionaba bajo la dirección de oficiales del Ejército y se ocupaba más de perseguir opositores políticos que rateros, ladrones y criminales, porque ellos no iban a perseguir a los de su mismo oficio. Se estableció el trabajo

BNPHU

esclavo, obligando a trabajar en las fincas e industrias de Trujillo, de sus hermanos, hijos y jefes del Ejército a todas las personas que eran apresadas por simples delitos, como el no haber pagado el impuesto de la Cédula de Identidad y otras cosas de menor importancia, dándoles al día una sola comida de harina de maíz salcochada, con un valor de dos centavos.

Primero existieron las mazmorras de Nigua, instaladas en una región pantanosa y palúdica, para los que osaran demostrar su inconformidad con el régimen de oprobio que nos sojuzgaba. En ellas existían las "solitarias", de un metro por un metro, con una pequeña puerta de entrada, sin ventanas, completamente a oscuras, donde eran introducidos los opositores desnudos, y a media noche, cuando dormían encogidos, les echaban por una abertura del techo, cubos de agua fría. Cuando se construyó el edificio de la Policía en la capital, y el penal de "La Victoria", se clausuró el penal de Nigua. En el nuevo cuartel de la Policía hay un sótano que ocupa toda la manzana del edificio. Allí llevaban a los detenidos para el primer interrogatorio, introduciéndoles luego al sótano desnudos, juntos hombres y mujeres. Si confesaban allí lo que sabían y lo que no sabían, lo que habían hecho y lo que no habían hecho, eran luego llevados a "La Cuarenta" y luego a "La Victoria", donde eran sometidos diariamente a torturas atroces e inhumanas. Algunos, de constitución débil, morían, y sus familiares no sabían nada de ellos, porque quien entraba allí desaparecía del mundo, porque sus custodios sometían a sus familiares a una cruel tortura mental, no informándoles de la suerte corrida por sus allegados detenidos. Decían que allí no estaban y que nada sabían de ellos. En La Victoria se torturaba también a los detenidos cuando se negaban a firmar solicitudes de adhesión al régimen y declaraciones de que habían sido tratados con respeto y benevolencia, mostrándose agradecidos del buen trato recibido, para publicarlo en los periódicos.

Tal estado de cosas no podía continuar por más tiempo. Todo tiene su fin en esta vida. Todo nace, crece, se desarrolla, ejerce su influencia, buena o mala, en el ambiente donde actúa, y luego envejece y muere.

En los tiempos presentes del automóvil, el aeroplano, las comunicaciones inalámbricas, la radio, la televisión y la disgregación del átomo, es un anacronismo la existencia de un régimen unipersonal y absolutista tan sanguinario y cruel en una región que se considera civilizada.

Lo verdaderamente sorprendente fue que durara durante treinta y un años. Pero la culpa la tuvieron todos los pueblos que se suponen libres en el mundo, cuyos gobiernos sólo actúan cuando van a obtener un beneficio material inmediato, porque sabiendo de los horrores que estaba pa-

sando el pueblo dominicano, de la vergüenza que supone la existencia de un régimen que era la negación de los más elementales principios de la moral cristiana, base del orden, disciplina y decencia de los pueblos civilizados, sostenían relaciones diplomáticas y comerciales con él, otorgándole condecoraciones, collares, medallas y honores a quien personificaba ese régimen a cambio de algunos pesos que él obtenía del esclavizado pueblo dominicano.

Nunca será suficientemente alabada la actuación de quienes, ya horrorizados por los acontecimientos vergonzosos e irritantes que estaban sucediendo en la República Dominicana, decidieron, aún a costa de ofrendar sus propias vidas, suprimir al sátrapa odiado que nos había convertido en seres abyectos, míseros esclavos al servicio obligado de una familia y una casta que era la vergüenza y el ludibrio del mundo civilizado.

Suprimir una vida, fría y premeditadamente, está en contra de los preceptos cristianos. Pero la desesperación de todo un pueblo que anhela la desaparición de un ser infernal que lo acosa y lo desangra, justifica la violación de algún principio de ética cuando los resultados pueden traer la tranquilidad y el sosiego a dicho pueblo. Para llegar a una decisión de tal naturaleza se necesitan largas horas de meditación y análisis de las ventajas y desventajas de tal cosa, tanto desde el punto de vista personal, como desde el punto de vista colectivo. Además, se necesita crear el ambiente y el lugar propicio, para que lo que se desea que sea un éxito para lograr la libertad de todo un pueblo no se convierta en un fracaso, que podría dar por resultado que se exacerbaran los instintos de la fierra y las represalias contra todo el pueblo fueran mayores que las que habían tenido lugar en oportunidades anteriores, cuando otros héroes se convirtieron en mártires de la causa de la libertad del pueblo dominicano.

Los que tramaron y llevaron a cabo el tiranicidio o ajusticiamiento del tirano más cruel, sanguinario y desalmado que haya existido, deben ser glorificados por el pueblo dominicano. Fueron hombres valientes, que por su hazaña se convirtieron en héroes de la libertad dominicana. Pudo haber rencores personales en su hazaña. Pero si esos rencores personales fueron la chispa que los condujo a pensar en la supresión del tirano, influyó más en ellos y fue acicate para decidirlos a inmolar sus vidas, el dolor, la miseria y la desesperación de todo un pueblo, que clamaba a Dios: Basta ya! Señor.

El 30 de Mayo de 1961 es una fecha histórica trascendental en la República Dominicana, debiendo ser considerado ese día como "Día de la Libertad".

El Comité Ejecutivo de la Junta Pro Glorificación de los Héroes del 30 de Mayo, de las Hermanas Mirabal, Luperón, Maimón, Estero Hondo y Constanza, se complace en expresar su reconocimiento a las prestantes damas doña Aída B. de Bonnelly, doña Amelia Cabral Vda. Vicini, doña Miguelina Sánchez Franco, doña Alma Lluberes de Vicini, al Segundo Vicepresidente del Consejo de Estado, doctor Donald Reid Cabral y a la J. Armando Bermúdez, C. por A., quienes tuvieron el enaltecedor privilegio de ofrecer los Premios del Concurso, otorgados conforme con los VEREDICTOS de los Jurados de Poesía y de Prosa, respectivamente, en acto público celebrado en el Palacio Nacional de Bellas Artes, de la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, el día 30 de Mayo de 1962.

LICDO. EDUARDO SANCHEZ CABRAL

DISCURSO pronunciado por el Licdo. EDUARDO SANCHEZ CABRAL, Embajador de la República ante el Consejo de Estados Americanos y Presidente del Comité Ejecutivo de la Junta Glorificadora de los Héroes caídos en nuestras últimas jornadas libertadoras.

BNPHU

Compatriotas:

LA hazaña que hoy conmemoramos es comparable, en sus dimensiones históricas, a las grandes epopeyas dominicanas. Si el 27 de febrero de 1844 nació la República, como expresión de un anhelo de libertad que empezó a concretarse, en plena noche colonial, cuando Núñez de Cáceres enarboló orgullosamente la bandera de la Gran Colombia, fué sólo el 30 de mayo de 1961 cuando ese ideal cobró el sentido democrático y el valor humano con que hoy se ofrece a la contemplación del mundo.

Un pueblo no es verdaderamente libre sino cuando disfruta, en el orden interno, de las mismas prerrogativas de autodeterminación con que se le acata en la esfera de las relaciones internacionales. Las cadenas que oprimen y degradan al ser humano, en el plano estrictamente nacional, son todavía más odiosas y más duras que aquellas que le son impuestas por un poder extraño. Es cierto que antes del 30 de mayo ya el pueblo dominicano había sabido abatir tiranías y ahogar, en un mar de sangre, a los conculcadores de sus libertades internas y de sus fueros constitucionales. Pero la proeza del 26 de julio de 1899 carece, sin embargo, de la significación que tiene la del 30 de mayo en la trayectoria cívica del pueblo dominicano. Las satrapías del pasado fueron el producto natural de una época en que la conciencia nacional era todavía una nebulosa y en que el país buscaba en vano el camino de su redención al través de casi un siglo de vicisitudes y de frustraciones. Pe-

ro la que padecimos hasta el 30 de mayo de 1961 alcanzó el triste honor de ser el ciclo más trágico y más bochornoso de la historia dominicana.

Esa espantosa carnicería humana no fué sólo única por su crueldad y sus sistemas de represión, superiores a las de los vándalos, más inicuas que las que inventó la perfidia de los tártaros cuando aún no había nacido el sentimiento de la caridad cristiana en los albores del mundo civilizado, sino que lo fué también porque nos sustrajo durante más de treinta años a las grandes corrientes ideológicas del mundo contemporáneo. La maquinaria de opresión aniquilada el 30 de mayo se levantó aquí, en pleno Mar Caribe, en pleno siglo XX, como un desafío al espíritu de la era en que la humanidad vió nacer las Naciones Unidas y en que millones de hombres perecieron en las tierras y en los mares de cinco continentes para abonar con su sangre las libertades fundamentales de la persona humana. Esa monstruosidad frustró durante las tres décadas espiritual y políticamente más importantes de la historia moderna, el destino del pueblo dominicano.

El 30 de mayo tiene por eso un alcance enorme no sólo como gesto libertador y como acontecimiento político, sino también como supremo acto de reivindicación de nuestros derechos y de nuestros títulos como nación civilizada. Por eso esa cruzada magnífica no debe malograrse como se han malogrado otros acontecimientos cruciales de la historia dominicana. El azaroso destino que ha frustrado siempre las grandes gestas de nuetro pueblo no debe interponerse en el camino de aquella jornada patriótica de inmenso contenido cívico como empresa reivindicadora. La Independencia Efímera culminó con la catástrofe de la invasión haitiana, la hazaña de la Puerta del Conde con el desastre de la anexión, la proeza de los restauradores con la intervención norteamericana de 1916, y la evacuación del territorio nacional en 1924 con la feroz tiranía que encabezó Trujillo y que nos convirtió durante más de treinta años en el escarnio del mundo americano.

La proeza consumada el 30 de mayo debe sustraerse a ese destino infamante. Para impedir que el hado fatídico que hasta hoy ha malogrado nuestro destino histórico, tuerza también el derrotero de nuestra última epopeya, es menester la idea de que estamos expuestos a extinguirnos definitivamente si el objetivo que inspiró aquel acto heroico pierde fatalmente su eficacia civilizadora. Ese concepto no ha arraigado aún suficientemente en la opinión nacional. Las mismas reacciones provocadas en la mente popular por la muerte del déspota prueban la incertidumbre en que seguimos viviendo al cabo de un año del tiranicidio glorioso. Nuestra primera sensación fué de alivio: sentimos, al desplomarse el verdugo, que la carga agobiante que gravitó por más de 30 años sobre nuestros hombros había desaparecido y que nuestras manos quedaban libres de las cadenas opresoras. Después nos invadió un sentimiento de júbilo: pensamos que ya en nuestro camino no había obstáculos ni espinas y que nada embarazaría en lo sucesivo la marcha de nuestro pueblo hacia la realización de sus fines superiores. Pero a la alegría de ayer le ha sucedido el temor: lo que hoy sienten los dominicanos, cuando analizan el panorama nacional, es miedo a que el 30 de mayo se malogre, como se malogró la obra de los trinitarios y la hazaña de los restauradores, porque otra vez incurramos en el error de desgarrarnos en disputas estériles y en pugnas intestinas.

Por eso necesitamos capitalizar las saludables consecuencias del 30 de mayo reconstruyendo en primer término nuestra fe en la actitud de nuestro pueblo para el ejercicio de la libertad y para la vida institucional organizada; y hallando luego una solución al estado de semianarquía en que hoy nos debatimos para que el país encuentre al fin el equilibrio que le falta y para que se afiancen sobre bases permanentes las instituciones nacionales. Es esa una necesidad imperiosa que nos incumbe a todos: al estudiante, al profesional, a los núcleos capitalistas y a las masas social y económicamente explotadas. Bastaría recordar lo que fuimos bajo el dominio del tirano para comprender la grandeza de la misión que

debemos realizar para impedir que se repita aquella gran tragedia y que volvamos de nuevo a ese antro ignominioso. Cuando aún la tiranía se hallaba en toda su plenitud, el 11 de febrero de 1961, dirigí al Santo Padre una carta en que describía del siguiente modo la tragedia de aquellos días dantescos:

"Santo Domingo era una nación americana empeñada en eliminar lo que de defectuoso quedaba de la vida colonial. Era una colectividad en el natural proceso de su integración histórica y política. Privaba en todos los órdenes una decisión evolutiva, aunque no con el ritmo que anhelaba nuestro patriotismo y nuestro afán de superaciones. Se había cerrado el ciclo de nuestras luchas intestinas. Se mejoraba nuestra legislación. Se creaban nuevas instituciones y se perfeccionaban las que no respondían a los fines de su instauración. Habíamos sufrido dictaduras que habían sido transitorias, y aún en nuestros períodos más ominosos se gozaba de un mínimo de libertades y se respetaba, como algo sagrado, los principios morales y religiosos que, desde nuestros ancestros, regían la familia dominicana.

"De súbito, en 1930, aquella evolución se paraliza. Las armas de la República se vuelven contra ella y sus instituciones y asalta el poder un oficial que había iniciado su carrera al servicio de las fuerzas norteamericanas de ocupación. Era él un desconocido. Carecía de prestigio político y las condiciones intelectuales y morales esenciales para el ejercicio de tan alta magistratura. Era un instintivo que sabía, porque lo había aprendido en época en que bajo banderas extrañas sirvió en los cuerpos militares, todo el poder que las fuerzas armadas tienen en un pequeño país empobrecido y desarmado, especialmente cuando este poder se ejerce sin control y cuando los dirigentes carecen de todo sentido moral y olvidan toda regla de justicia. Los hechos que entonces se produjeron en el país fueron insólitos. Se abandona el orden jurídico. No se instaura

un gobierno y ni aún un estado policial. Se desconoce la necesidad de la vida institucional. Se va más lejos en la prosecución de los propósitos nefandos. Se establece una vasta empresa comercial. Se convierte la República en un campamento y en su sostenimiento se gasta más de la mitad del presupuesto. El país entero se torna en un gran presidio. Se instituye un culto para endiosar la tiranía. No hay más ley que la voluntad del dictador. No hay otro designo que el enriquecimiento del que detenta el poder. Se crean aduanas y controles privados. La rapacidad del dictador es de tal magnitud que él llega a ser, en un país pobre, uno de los hombres más ricos de la tierra, tal vez el más rico. La delación y el espionaje se erigen en estrictos deberes de los empleados públicos. Las penas son colectivas, no personales, y se aplican, en materia política, a la familia entera de quien tuvo el coraje de enfrentarse al despotismo. Se hace de las instituciones judiciales agencias de opresión y, corrompiendo a los magistrados, se les confía la misión ignominiosa de crear infracciones y pruebas de culpabilidad en un intento de legalizar las penas que se les ordena imponer. El asesinato clandestino, cuando no el accidente aparentemente fortuito, es el medio preferido. Todos los caminos están jalonados por las tumbas cavadas por el tirano, sin que sobre ellas se alce siquiera la piedad de una cruz. Se instalan en los presidios cámaras de tormento. Nadie puede escapar a las persecuciones porque del país sólo pueden salir los adictos al régimen. La prensa sólo se utiliza para exaltar al tirano o para denigrar a sus opositores. La adulación y el servilismo son cánones obligatorios. Las forzadas manifestaciones de adhesión se multiplican. Se olvida el culto de los héroes para vivir en una permanente exaltación del siniestro caudillo, quien se hace atribuir las virtudes más egregias. Mientras tanto, el autor de esta tragedia, medularmente cínico, expresa en proclamas y discursos principios de una severa moral administrativa, predica su amor a la Patria y su adhesión a la Democra-

cia, sin pensar que toda su vida y toda su obra están en diametral oposición con semejantes manifestaciones".

La muerte del hombre en quien se hallaba personificada toda esa barbarie, se convirtió en un imperativo patriótico casi desde el momento mismo de la ascensión del sátrapa a la más alta dignidad del Estado. Los mismos que contribuyeron, al iniciarse el año 1930, a levantar el trono de aquel ídolo sanguinario sobre los escombros de las instituciones, se dieron cuenta de su grave equivocación y cooperaron consciente o inconscientemente en la noble tarea de restituir al ciudadano dominicano el disfrute de sus derechos fundamentales. La farsa se prolongó durante más de 30 años pero la tumba en que se hundió el usurpador empezó a ser abierta el mismo día en que el tirano saltó de los cuarteles al solio presidencial. La obra de los adversarios de Trujillo está patente en algunos episodios románticos que la historia ha incluído ya entre sus hechos legendarios. El desembarco en las playas de Luperón que inició el ciclo heroico de las protestas armadas. Tras ese estallido de idealismo juvenil vinieron, en gloriosa sucesión, Constanza, Maimón y Estero Hondo, jornadas épicas en que se inmoló noblemente lo mejor de la juventud dominicana. La Pastoral lanzada por los supremos jerarcas de la Iglesia Nacional completó, en el orden moral, la obra demoledora de aquellas gestas patricias. Pero fué el propio Trujillo el que con mayor esmero trabajó en favor de su destrucción personal. La bárbara represión desencadenada contra los héroes de Constanza y contra los jóvenes adalides que el 14 de junio irrumpieron gloriosamente por las playas de Estero Hondo y Maimón, provocó en la conciencia pública un sentimiento unánime de repudio contra la tiranía. El dictador y sus esbirros segaron en aquella ocasión muchas promesas juveniles, algunas de ellas recién egresadas de la Universidad y se enajenaron con su brutal actitud los últimos lazos que unían a aquel régimen odioso con las diversas clases sociales. La inicua campaña abierta contra la Iglesia Católica aumentó el descontento general y llevó la indignación pública a extremos insospechables. Aquella descompo-

BNPHU

sición política culminó con el estado de intranquilidad y de zozobra provocado por la supresión violenta de algunos hombres que ocupaban, hasta el momento mismo de su muerte, posiciones destacadas en la administración pública y que gozaban al parecer de la confianza de quien era entonces el único rector de la vida dominicana. Entre los amigos más adictos a Trujillo empezó a germinar entonces la idea de que la eliminación física del déspota era necesaria para la seguridad de sus propios colaboradores.

La hazaña de los héroes del 30 de mayo tuvo por eso una acogida fervorosa y unánime en todos los sectores. Quizás fué en las altas esferas gubernamentales y en los propios cuadros del Ejército Nacional donde aquel gesto heroico encontró mayores signos de simpatía y aprobación. Los que eliminaron al tirano habían suprimido al mismo tiempo un peligro que gravitaba sobre la vida de todos los dominicanos, y por eso fueron vistos desde el primer momento como verdaderos libertadores. Todos fuimos en algún sentido víctimas de la dictadura: hasta todos llegó, en heridas físicas o morales, el soplo homicida que emanaba de aquel antro de muerte y de locura. Las Fuerzas Armadas pagaron también su tributo de dolor al mónstruo insaciable que se alimentaba con la sangre de todo un pueblo, con las lágrimas y con las angustias de todos sus conciudadanos. Bastaría recordar los nombres de Vásquez Rivera, el coronel Blanco, de Marchena, de Luis Silverio Gómez, de Juan Ventura Simó, héroe y mártir, y de tanto otros que vistieron el glorioso uniforme de los soldados de la República, para comprender hasta qué punto se sintió en los cuarteles la opresión que gravitaba sin misericordia sobre toda la familia dominicana.

Los paladines del 30 de mayo son, pues, auténticos caudillos, verdaderos emancipadores de un pueblo en la viva y unánime expresión de todas sus clases esclavizadas. Por eso la responsabilidad de esos hombres es tan grande como su gloria. El deber de los que han sobrevivido a la jornada inmortal es ser dignos de su hazaña y no olvidar en ningún momento que la investidura de prócer es

más permanente y respetable que la propia banda presidencial y que todas las pompas humanas. Ellos, juntamente con los que pagaron con su vida el precio de su inmortalidad, nos restituyeron los derechos civiles y las libertades que nos arrebató la dictadura. Pero si liberar la República es una acto glorioso, organizarla y hacerla apta para el cumplimiento de su destino no es una tarea menos grande ni menos digna de ocupar una página de honor en los fastos de la historia. La labor del estadista, cuando se cumple con sentido patriótico y con verdadera orientación republicana, es aún más difícil muchas veces que la del mismo héroe que estremece y deslumbra con su acción el escenario de los grandes acontecimientos humanos.

Dios ha querido que algunos de los adalides del 30 de mayo sobrevivan para que sean guardianes de las libertades públicas, y centinelas de los ideales democráticos del pueblo dominicano. La obligación suprema de esos héroes supervivientes es proceder con absoluto desinterés para que su gloria no se mancille en el mercado de las componendas políticas y de las ambiciones personales. Su intervención directa en las actividades partidaristas sólo se justificaría si llegara fatalmente el momento en que nuestras instituciones democráticas fueran de nuevo estranguladas. Entonces sí sería un deber para ellos cumplir el mandato de sus compañeros caídos, el de los héroes muertos, repitiendo su acción libertadora para debelar cualquier intento de establecer en el país una nueva tiranía.

La mejor ofrenda a los héroes inmolados consiste en continuar su obra y en impedir que su hazaña se destruya o se mancille. Para que la gravitación de esos muertos insignes sobre la vida nacional no se interrumpa y continúe sirviendo de escudo a nuestras instituciones, es menester que cesen las venganzas innecesarias, que se apaguen ya las teas del odio y las de las divergencias personales y que una era de concordia y de solidaridad política se inaugure entre todos los dominicanos. Sólo así podría resurgir victoriosa

nuestra democracia. Sean pues una consigna para todos los hombres y para todos los partidos las palabras inmortales del gran poeta nacional Gastón F. Deligne: "Paz al muerto, loor a la muerte".

La jornada del 30 de mayo culminó con la inmolación de un hombre por supremas necesidades patrióticas. Concluída aquella tarea dolorosa pero necesaria, nuestro deber es dedicarnos ahora a reconstruir la República y a forjar las bases en que habrá de asentarse en el porvenir la democracia dominicana. Sabemos que nuestro pueblo carece de conciencia política y que sólo tiene conciencia de sus necesidades. No ignoramos que en el país hay crisis de hombres y de ideas. Nos consta que la desaparición de la maquinaria que nos oprimió por más de tres decenios nos sorprende sin programas definidos para las luchas civiles. Nuestros partidos políticos empiezan a nacer y todavía actúan como fuerzas semi organizadas. No estamos aún preparados para el ejercicio de una democracia funcional ni de un sistema de representaciones políticas verdaderamente efectivo. Atravesamos por un período de transición de la ergástula al foro, de la opresión a la libertad, de las máquinas de tortura a los cenáculos patricios en que la palabra libre campea como la máxima expresión de la conciencia humana. Lo que el patriotismo nos impone en este momento difícil para la estabilidad de la República y para la modelación de sus instituciones definitivas, es sacrificar nuestras preferencias personales y confiar los destinos de nuestro pueblo a un hombre que sea capaz por su pureza, por su desvinculación de los odios pasados y presentes, por su solvencia intelectual y moral, por su amor al país y por el prestigio de sus virtudes cívicas firmemente acrisoladas, de servir de símbolo a toda la nación en la hora más árdua y más agitada de su historia. Ese elegido del destino podría ser un ciudadano de los kilates intelectuales de Max Henríquez Ureña, del relieve moral de Emilio Tejera Bonetti, del equilibrio y de la competencia profesional de Julio Peynado o de la de José Cabral Bermúdez y Rafael Augusto Sánchez a quienes no propugno por los vínculos familiares que a ellos me unen; de la bondad y nobleza de Pe-

dro R. Espaillat, de la firmeza de carácter de José Antonio Jiménez Alvarez, del espíritu cívico de Enrique Apolinar Henríquez o Guaroa Velázquez o de la entereza de Vetilio Matos, de Domingo O. Bermúdez, de José Armenteros del Dr. Manuel Grullón R. O. y del Dr. Tabaré Alvarez Pereyra o bien de la pureza sin lunares del Lic. Angel Liz, tal vez el dominicano en quien mejor se hallan representadas las virtudes patrióticas de nuestro pueblo en sus largos años de lucha contra la tiranía que oprimió y vejó a todas nuestras clases sociales.

He citado ex-profeso en último término a un ciudadano que merece el respeto de todo el pueblo dominicano y a quien hoy debemos rendir este tributo de admiración para honrar en él a todos los que se mantuvieron inflexibles frente a la dictadura. Angel Liz no sólo conoció las cárceles de la tiranía y el látigo de los verdugos sin entrañas que sembraron la muerte y la horfandad en multitud de hogares dominicanos; no sólo cumplió su deber con simples omisiones como aquellos que no sirvieron cargos públicos durante la era siniestra pero que limitaron su acción cívica a ese género de resistencia pasiva, sin verdadero eco en la conciencia pública; no sólo vivió en permanente actitud de rebeldía sin haber escrito jamás una sola carta ni solicitado una sola vez clemencia al verdugo de todos sus compatriotas; no sólo fué un héroe del deber, una virtud incorruptible, una gloria del civismo dominicano, sino que también es una cátedra viva desde cuya cima emana una enseñanza perenne para la juventud de hoy y la de mañana: su conducta prueba que el hombre más digno de respeto en una sociedad cualquiera es el que cumple su deber con modestia y que no aspira a otra gloria que a la de ver reinar la justicia y la libertad entre sus conciudadanos.

Es evidente que sólo uno de estos ciudadanos esclarcidos, u otro qu rúna sus mismas virtudes patricias puede realizar, en estos días difíciles, la misión de salvar el país ejecutando un programa mínimo de reivindicaciones políticas y sociales estableciendo

un orden jurídico y moral que garantice la seguridad y el bienestar de todos los dominicanos. La élite intelectual de la República es la más llamada a ofrecer su apoyo a esta iniciativa que sólo se inspira en el bien de la Patria. Pero es deber de todos, desde el más culto hasta el más enterado de los dominicanos, laborar por el triunfo de esa causa suprema: la del afianzamiento en la libertad y en la democracia de las instituciones que el 30 de mayo renacieron iluminadas por las fulguraciones que surgen como de un foco inextinguible, de los ideales y de las espadas de nuestros libertadores.

Los dirigentes de los actuales partidos políticos deben aplazar para los comicios posteriores al presente período de transición sus justas aspiraciones a ocupar el primer solio de la República. Cualquiera de ellos posee títulos sobrados para merecer ese honor insigne. Cada uno de ellos es digno de la gratitud nacional por su historia de lucha y de abnegación frente a la tiranía. Pero todos ellos representan sólo los intereses políticos y los sentimientos de ciertos sectores de la sociedad dominicana. Uno, de temperamento moderado, eminentemente virtuoso, a quien se considera, injustamente, vinculado a poderosas corrientes capitalistas y a conocidos intereses oligárquicos, tropezaría inevitablemente con la resistencia de todos los que en el país se sienten, con razón o sin ella, inicialmente oprimidos, y de todos los que aspiran a la realización de un programa de reivindicaciones sociales; los otros dos, por el contrario, inspiran temor a las clases económicamente más poderosas por sus ideas avanzadas y por sus tendencias revolucionarias; y el tercero que aparece nimbado con la aureola de los que conocieron el martirio y vieron caer bárbaramente inmoladas por la dictadura a las heroínas de sus amores y a las compañeras de sus ideales patrióticos, pero para muchos representa el espíritu de la venganza, tanto más temible cuanto más justo es el motivo que desata sus iras caudalosas; y los demás, representativos de tendencias más o menos revolucionarias, carecen de ambiente nacional, de atmósfe-

ra política, porque el medio es refractario a los extremismos o porque las ideas que propugnan no han penetrado todavía en la sensibilidad de nuestras masas.

¡Loor al 30 de mayo! ¡Bendita sea su gloria y bendito el pueblo que sepa hacerse digno de ella!

Veredito del Jurado de Poesía

Reunidos los días 26 y 27 del mes en curso, examinamos todos los poemas recibidos por el Comité Pro Glorificación de los Héroes del 30 de Mayo, de las Hermanas Mirabal, Luperón, Maimón, Estero Hondo y Constanza y otorgamos los siguientes premios:

I.— Un premio de RD$1,000.00 (mil pesos) al poema titulado "Salmo heroico a las hermanas Mirabal", original del poeta Marcio Veloz Maggiolo.

II.— Un premio de RD$1,000.00 (mil pesos) al poema titulado "Canción a los héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo", original del poeta Lupo Hernández Rueda.

III.— Un premio de RD$500.00 (quinientos pesos) al poema titulado "La ira sagrada" (dedicado a la gesta del 30 de mayo), original de la poetisa Aida Cartagena Portalatín, y un premio de RD$500.00 (quinientos pesos) al poema titulado "Canto al 30 de mayo", original del poeta Marcio Veloz Maggiolo.

De ese modo dimos cumplimiento al mandato otorgado a nosotros por el Comité Pro Glorificación de los Héroes del 30 de Mayo, de las Hermanas Mirabal, Luperón, Maimón, Estero Hondo y Constanza.

Firmados:

Héctor Incháustegui Cabral, Franklin Mieses Burgos y doctor Antonio Fernández Spencer.

Santo Domingo, D. N., a los 27 días del mes de mayo de 1962.

Veredicto del Jurado de Prosa

Reunidos los días 26 y 27 del mes en curso, examinamos todos los trabajos en prosa recibidos por el Comité Pro Glorificación de los Héroes del 30 de Mayo, de las Hermanas Mirabal, Luperón, Constanza, Maimón y Estero Hondo, y pese a algunas inexactitudes, otorgamos:

Unico.—Un premio de RD$1,000.00 (mil pesos) al trabajo titulado "Significado histórico de una fecha: el 30 de Mayo de 1961", original del escritor Dr. Domingo Oct. Bergés Bordas.

De ese modo dimos cumplimiento al mandato otorgado a nosotros por el Comité Pro Glorificación de los Héroes del 30 de Mayo, de las Hermanas Mirabal, Luperón, Maimón, Estero Hondo y Constanza.

Firmados:

Lic. Marco A. Cabral, Lic. Rafael Augusto Sánchez y Pedro René Contín Aybar.

Santo Domingo, D. N., a los 27 días del mes de Mayo de 1962.

INDICE

Pág.

Introducción 9

MARCIO VELOZ MAGGIOLO:

"Salmo Heroico a las Hermanas Mirabal" 13

"Canto al 30 de Mayo" 16

LUPO HERNANDEZ RUEDA:

"Canción a los Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo" 23

AIDA CARTAGENA PORTALATIN:

"La Ira Sagrada" (Canto a la Gesta del 30 de Mayo" 29

DOMINGO OCT. BERGES BORDAS:

"Significado Histórico del 30 de Mayo de 1961, fecha clave en el proceso histórico por la libertad dominicana" 39

EDUARDO SANCHEZ CABRAL:

RECONOCIMIENTO 57

Discurso pronunciado el 30 de mayo de 1962 59

VEREDICTOS 71-72

Editorial "El Caribe", C. por A.
Santo Domingo, Rep. Dominicana
1969